

Argumentos en Poesía

Xavier Markus



Capítulo 1

Argumentos

Muy de a poco, muy de a poco, le fue ganando al silencio. De camino a alguna plaza, creo, a las puertas de la iglesia o el manicomio. ¿Le importa a alguien la diferencia? Al menos a él no, de eso hay que estar seguro. Solo quería, solo intentaba ganarle al silencio, con el que perdía por goleada. Y habiendo dejado todas sus dracmas, ahora apostaba la vida.

Pero de a poco, de a poco lo conseguía.

Empezó con murmurar de vez en cuando alguna buena noticia. Siguió con silbar despacito alguna canción que cargara con la palabra Dios. Lo que le costó un poco más fue el no callarse ante la gente que se cruzaba. Pero eso fue solo al principio, en algún punto del camino comprendió que sus gemidos no los escuchaba nadie, no porque fueran tan bajitos o por ser las personas sordas, sino porque estaban en otra sintonía, esa que solo oyen los perros y un padre.

Más tarde también se miró al espejo, en una vieja taza de café, o en alguna acequia con agua de un deshielo. Ahí aceptó que jamás se amaría, pero si se le ocurrió el respeto. Y ya de paso, viendo en el reflejo las nubes y un pedacito de cielo, lo perdonó a Él.

Jamás se dio cuenta que al silencio le empezó a ganar con ideas que llevaban melodía. Que los susurros abandonados en el aire tenían la costumbre de rimar. Que cada nota que dejaba escrita, y que le viento se llevaba, contenía unas letras que se parecían más a dibujos, bosquejos, desprolijos e inquietos en hojas que apenas los contenían. Él nunca se dio cuenta porque mientras caminaba, ignorando la belleza de una tarde de invierno y la lluvia, solo iba concentrado en discutirle al silencio. Apenas si sonreía. Cada tanto sí que lloraba. Pero su mente no detenía su trabajo de escultor mal educado, pues cada suspiro llevaba un argumento en poesía.

Capítulo 2

Visto

Uno piensa que la pantalla es resistente, hasta que la destroza un solo mensaje: Un "Hola" atravesando convicciones.

¿Son de burla?

¿Llamado de emergencia en clave?

Dudosas intenciones. Y más cuando el nombre que aparece ya no parece ser de aquella que lo envolvía todo en inocencia.

¿O era sólo cosa suya?

Justo cuando las dudas se habían tomado un descanso, cuando empezaba a seguirle el ritmo al silencio, ella llegaba a conjurar recuerdos con sólo una melodía. Ringtone personalizado, que nunca había desactivado por la resentida seguridad de que no iba a volver.

"¿Por qué lo haces?", le tentó preguntarle.

Pero sólo escribió un "¿Cómo estás?"

"Si no puedes perdonarme, al menos deja de practicar tu odio con esa máscara de amistad".

Pero lo borró enseguida.

En su lugar, planteó un murmullo con dos infantes teorías. Cada cual más podrida en sus propias emociones.

¿Era rencor? Reclamando el castigo de mantenerlo cerca, como a un niño, aún sabiendo de la culpa que arrastraba. Una forma de susurrar "te lo dije", al oído, "no podrías olvidarme". La manera de clavarle cada lamento que él intentó explicar en su torpe despedida.

¿O era, quizás, la duda? Un escozor de ganas mudas e insatisfechas. Y el haberse dado cuenta que solo las callaría con él, y sus besos suspendidos.

¿Es que había descubierto, entre mentiras, lo urgente que se sentía escribir el punto final? Ese invisible hasta ahora, que condenaba su historia a rotularse incompleta...

Rellenar lo inevitable, aunque fuera con la indecencia de tratar de poseerse y el fingir amarse.

Una vez más, sólo la culpa y la excitación respondían a sus delirios. Mientras ella, enhebrando la casualidad y la costumbre, invocaba

el cansancio. Y se esforzaba en terminar la conversación, tan sólo con un "visto".

Capítulo 3

No estemos de acuerdo, estemos juntos.

Quiero escuchar tus ideas,
pero oír con más fervor
los latidos de tu fe y la convicción
al aferrarte a ellas.

Voy decirte mis argumentos,
pero sólo anhelo que entiendas
la parte en que expreso que todo
lo hago por ti.

Defenderé con garras mis sueños,
pero con lanzas y espadas atacaré
a todo aquel que intente detenerte.
Sólo espero,
que en medio de la exasperación
por no encontrarte un sentido,
pueda entender tu cariño
muy de a poco en un abrazo.

Trata de no juzgarme,
pues mi condena ya está firmada.
Yo,
prometo no corregirte,
si al fin de cuentas,
en tus errores conocí la perfección.

No estemos de acuerdo,
estemos juntos.
Que con la razón
y solos,
ya estuvimos mucho tiempo.

Capítulo 4

Holocausto

Esa carta se impregnó de una locura mal concebida.
Pero que aún así se abrió paso para nacer.
Por cada poro fue ver la luz, un beso robado el partero,
y un cuento saciado en lo incompleto se consagró como cuna.

Aquel fuego no consumió nada.

Murieron, sí, los renglones. Que encontraron verdadera rectitud
deformándose al arder. Las letras, a su vez,
no se borraron. Sino que mantuvieron la soberbia y ternura de su trazo,
incluso después de desaparecer el papel.

Fueron injustas aquellas fugaces llamas.
Y mucho más la tibieza del fuego, incapaz de cauterizar heridas.
Injusticia por la vida que había cruzado esa historia.
Una eternidad, que firmó con taquicardia su contrato
de alquiler en la memoria.

Tal vez por eso el viento, enmascarado en gris "te extraño"
y en volteretas de "quizá no te recuerdo",
quiso llevarse cada susurro muy lejos de él, para rodearla a ella. Y
arrancarle las mismas lágrimas a los dos,
con una brisa en cada diciembre.
Y así darle una exactitud al tiempo,
conseguida en un final ausente,
y el silencio de un adiós.

Capítulo 5

Poema en el camino

I

No siempre querer decir algo, implica el saber cómo.
Mucho menos la oportunidad es garantía de poder hacerlo.

Y,

la nana que era el murmullo del pavimento; la hipnótica fila de luces al costado del camino; el sueño, vencedor sobre los demás en el auto; el estéreo, arrojando de perfume un suave piano; todo, como un viaje en el tiempo hacia atrás.

Cada segundo se sentía más niña.

Comenzó con ser incapaz de calmar la tormenta que desataban en su piel las emociones, y de evitar que los sentimientos atacaran su integridad, secuestrando los recuerdos.

Más tarde, no iba a saber cómo ordenar sus ideas.

Y cayendo el amanecer, ya no sabría ni como hablar.

Su propio sudor, sorprendido del frío entre las mantas, le rogaba pronunciar tan solo esas dos palabras.

II

Junto al primer rayo del sol, veterano en esto de noches privadas de cariño, surgió la voz de él como de un embrujo. Añejo de más de un viaje. Conductor infantil, aferrado al volante como a la vida: con una mano. En tanto la otra danzaba muerte con traje de cigarrillo. Luciérnaga mercenaria que se apagó y volvió a encender 6 veces, sin rastro siquiera de olor, cómplice inconsciente el aire acondicionado.

Ella no había dejado que sus ojos abandonaran, en toda la madrugada, las canas de aquella barba y cabello; vejez anticipada y tinte barato por igual.

Mientras sus oídos se iban cerrando, invitados por los ronquidos de una dormida esperanza de charla entre susurros y amordazados gritos del corazón.

III

El poema que él comenzó a escribir con ideas en alta voz, arrullo cansado y dulce en experiencia, terminó por encallar en sus pupilas.

La sed que se arrastraba de una pluma sin "te quiero", se calmó con unas lágrimas, hijas de algún bostezo y una última tristeza.

Cada verso navegó por las mismas mejillas, blancas y redonditas, que tanto se esforzaban en describir. Vano intento de que el mundo

entendiera el porqué de querer besarlas.

Una a una, las entonaciones se perdieron, hechas ecos, por cascadas en su boca. Dientes perfectos que aquella lengua escritora nunca acariciaría.

IV

Fue testigo sólo el rocío, que miraba tras cristal, lo mucho que dijo el silencio.

Cuentas corregidas a tachones y un falso pedir perdón.

Poema que refugió a ambos, frió que ardió en los dos.

Ella, sin fin, pronunció "te amo", encontrándose con él en el retrovisor.

Él, con la fatiga en los labios y rejas en el corazón, aceleró y suspiró sonriendo. Y como viendo su alma en lo sinuoso del camino, murmuró "llegamos".

Capítulo 6

Silencio de unos cuantos

Que hay quienes extrañan el corazón de piedra.
Porque aunque hubiera podido partirse,
no habría hecho tanto espanto
de mal olor y de lágrimas.

O'clock

La puntualidad le exigió llegar a tiempo,
pero también,
saber cuándo retirarse.

Prohibido epitafio

La vida del joven del cielo
que pisó y besó el suelo
por una idea,
un deseo.
Y vio de una vez sus alas,
sus sueños,
lentamente marchitarse.

Dato (bio)lógico

Inútil quitar vendas
a ojos que ya están ciegos.

Capítulo 7

Algología

Pocos dolores podrá soportar
esa alma a la que le duele
incluso la vida.

Torpe despedida

Hablado cada argumento,
libre cada insulto,
entregada toda caricia,
el silencio se irguió como juez.

Gravedad

A seis pasos en el abismo
comprendió
que caer no siempre era hacia abajo.

Hogar

Ese que nunca encuentra un lugar,
termina quedándose
donde duele menos.

Capítulo 8

Cautivos del ADN

Eso prohibido los manda a llamar, en un desliz de labios rojos.
Rojos de sangre que ambos comparten, que late
desde la más primitiva humanidad.
Juego y susurro entre pecados, corriendo desapercibido
para aquello que conocen del roce lastimoso de sus apellidos.

Seducción sin destino.
Niños, que ya no son.
Locos, que no saben, ni quieren saber.
Que abrazaban sin ternura y el calor de esos abrazos
los precede.
Se acarician la desesperación con el aliento, más de una vez.
Se besan con los chistes y sus miradas proponen
los más ardientes pensamientos.

Falsa inocencia, que sufren.
Se apasionan y destrozan entre sí (y a sí mismos).
Fantasías temblorosas que calman soledades insolentes.
Placer condenado a vivir cada vez que se rocen sus dedos.
Inyectando de ese fervor, que es bomba de tiempo,
inminente a estallar en culpa.

Cautivos del ADN.
Torturados por la locura de beberse solo a ratos
y de quererse en silencio.

Capítulo 9

Insaciable etcétera

Más que el amor, hicieron el odio. Consumiendo y usándolo de combustible para una noche que fuera conclusión a sus historias. Y vaya si necesitaban energía, para poner cada memoria entre sábanas y ahogarlas. Matarlas con gemidos de furia y pasión, de esa que se consigue solo cuando has secuestrado en fantasías cada movimiento, y durante tanto tiempo, que de la cordura y el pudor ya no hay recuerdo.

Se sacaron de encima tantos sueños mal soñados que ya no tenían cabida en sus almas desquiciadas. Se los quitaron los dos con la misma agua. Gotas de ducha que se mezclaron con sudor, lágrimas y la savia de sus cuerpos en vaivén.

Ritual sin antecedentes en sus agendas. Añejo en carnalidad humana, y para nada ajeno a la debilidad.

Temblando, temerario en arrojo.
Ansiosa, como nadie al desayuno.

La ignorancia los vio delatores y el cansancio los convirtió en inventores de una distinta humanidad. Una que no se unía para multiplicar; se conocían para mirarse en algo más drástico y desnudo; se juntaban para dividirse en ganas e imaginación. Repartirse los propósitos y concebir el desgano de luchar juntos.

Tan solo querían descansar. Cansar hormonas con juegos de niños, que solían tener solo una norma: la necesidad. Necesidad que no era, según la soberbia ciega de los que ya la habían saciado.

En cada deseo, respuesta y mal humor, se movía la silenciosa toxina de la carencia del otro. Rompecabezas registrado en sus ADN's, que tomó forma en el cascarón de su alma. El tablero sin memoria en una infancia censurada. Armas con las que ahora, a la orilla de una piscina, se mataban y curaban en su propio idioma onírico.

Duelo.

Cuyas reglas admiraban el dolor y la ansiedad, la satisfacción y la libertad en un mismo recorrido. Un vacío llamando a otro, un refugio del que se huía solo para volver más exhausto, y abandonar la vida.

Negocio febril de 45°, que solo entienden los financistas del anhelo y la desesperación.

Ella lo retó primero, de camino hacia la orilla. Regalando a cada paso una prenda. Dejando para ella, como escudo de su timidez rehén, la curvatura de su espalda. Y esa pose de saberlo todo y esperar nada. O quizás al revés.

Afuera de la piel, el hielo, antagonista de ese calor tan inquieto, escozor protestante en su respiración, monarca de sus decisiones.

Pero él la había desafiado mucho antes. Al aceptar compartirle sus fracasos, justo a ella, musa de todos ellos. Portadora del récord de más sueños en su habitación. La provocó con su suicidio en confesión, kamikaze de un idilio que se estrelló en privacidad y despecho. Ninguno de los dos probó una gota de alcohol. Pero el ver llenos los espacios de su soledad masoquista lo terminó por intoxicar. Envenenado de desenfreno y menos ganas de frenar. Y más al tener de frente la suficiente humedad para hacer eterna su sed.

Avant premier de una fuente de deseos rotos. A la que no se hubiera arrojado si no la odiara lo suficiente, tanto, como para entregarle la euforia de su ego y la dulzura de un inexperto. Asesino en serie frente a su primera víctima.

Y viajaron tantas veces.

Mil batallas desiguales, con premura y diligencia: él solo podía aferrarse al deseo, cercado por la inexperiencia; ella tenía de sobra, en almacenes cuidadosamente cerrados, fetiches, fantasías y horas de insatisfacción (de las que, ante la intimidad que parecía rodear la noche, ya tenía decidido deshacerse).

Tras despedirse el último estertor de dolor, y disiparse las nubes del cielo acariciado al terminar, la culpa solo tuvo unos minutos para condenar. Luego se presentó la adicción y pasó la medianoche a ser solo amanecer para sus planes. Vacío y llenado, en ese orden, repetidas veces, en un insaciable etcétera.

Capítulo 10

La boda de sus sueños

Un deja-vu, aquel "sí" que pronunció ella, novia más blanca que el propio vestido, entre una brisa de campo y llantos amigos. Si ya había aceptado a su amante más de mil años atrás de tener uso de razón, y un segundo después de perderlo en sus brazos.

Un revivir en cada centímetro de la memoria, sentir otra vez esa sed en los labios, como cuando él le robó el primer beso. O al menos, así creyó que lo hacía, henchido de orgullo forajido. No se dio cuenta, tan niño, que solo jugaba con lo que ella tenía de sobra, y le pedía con gritos tímidos maquillados de inocencia.

Un ministro anciano. Cansado, seguramente, de escenas repetidas y ensayadas, como los sentimientos. Pero es que sus ojos, de otro tiempo, no podían ver esa ternura tan fresca y la ansiedad de quererse que los ahogara.

Una pregunta tan obvia, a la que entregó su lágrima más profunda como respuesta.

¿Acaso esperaba que un nubarrón con forma "no" osara insinuarse aquella tarde tan soleada?

No había oído del amor que se le escapaba en cada mirada. Aquel que la mantuvo tantas noches desveladas, solo por intentar comprenderlo, sentirlo, respirarlo. Ese que la obligó desprenderse de su máscara querida, para mostrar sus heridas y tratar de curar las de él.

Un amor que la hizo desnudarse, para abrigarse en su fe.

Un sueño que le había adelantado aquella parte, ella no necesitaba escuchar su respuesta. Si de aceptarla había que hablar, el timbre sonando 3 de la madrugada, solo para pedirle perdón, despertándola de un sueño que concibió sin dormirse; o las 5 flores silvestres aferradas a lastimar por una mano callosa, temblando, y no por el frío de una lluvia sin lugar; o el sudor que traslucía un traje 2 tallas más grande, que reemplazó sus trazas de rockero, solo por agradarle.

Un mundo entero más allá de su piel, (la de ambos, pues ahora eran uno solo), importaba solo después del otro, y si no se desvanecía, claro, con el resto de la realidad. La prioridad era amarse, significara lo que significara, ya lo irían definiendo en el camino. Ese por el que se alejaban juntos, a contra luz de un sol con frío.

Un silencio en su soledad, que no pudieron penetrar los aplausos y el júbilo de mil granos de arroz, justo antes de despertarse. Comprobando otra vez, la número un millón, que la tierra seguía girando con toda una

humanidad auestas, pero sin él. En esa mañana de 6 de octubre, a dos años de su accidente. Cada noche el mismo el sueño, pero hoy dolió un poco más.